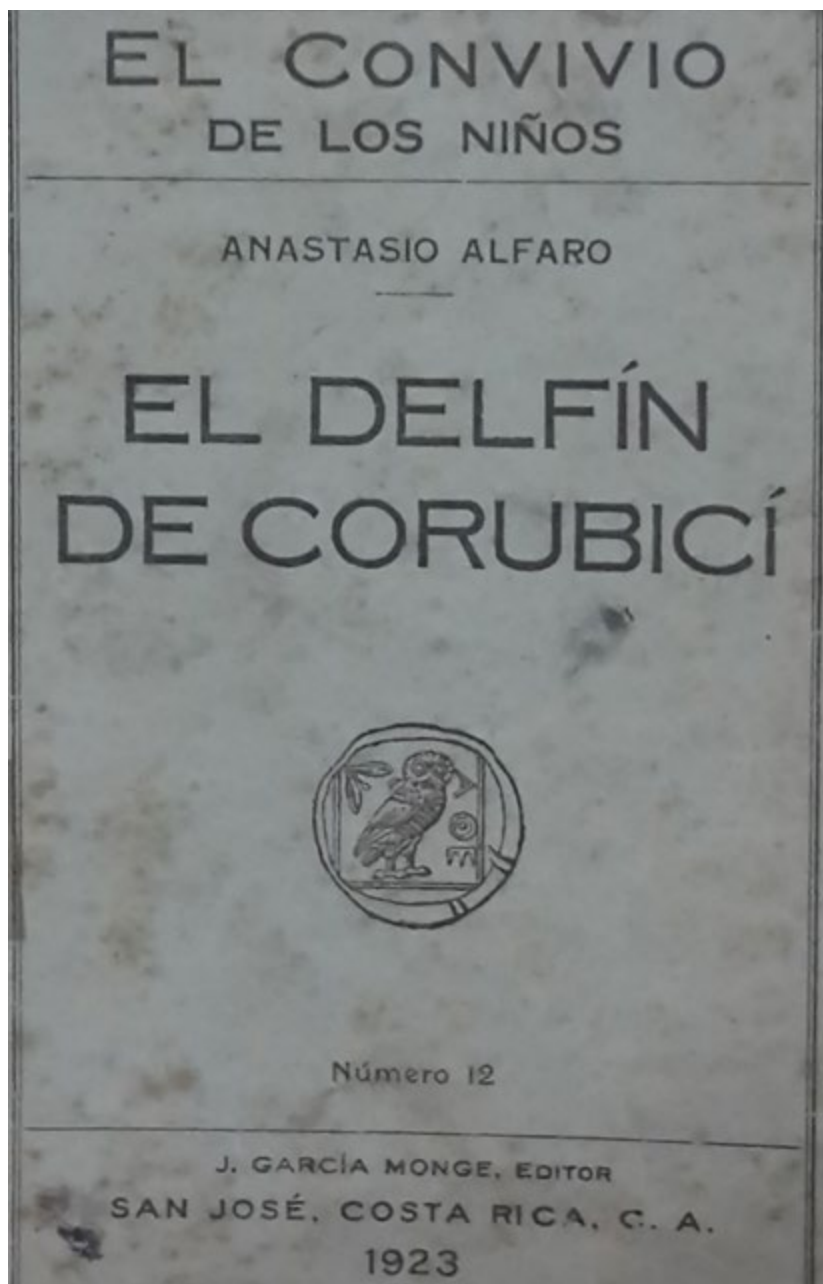


Anastasio Alfaro



Vemos al indio preocupado por fabricar sus obras de arte cerámico. Arriesgar la vida en busca de los tintes que han de dar alegría a sus tejidos admirables. Conocemos mucha de su íntima psicología al presenciar los ritos que cumplen con absoluta obediencia. Al apreciar las supersticiones que oscurecen, en ocasiones sus espíritus y en las que la alegría y el dolor se confunden, así como han de hermanarse en el más allá tenebroso.

Es, como se ve, un libro de sugestiva lectura, escrito con la naturalidad con la que un hombre de ciencia acostumbra decir las cosas. En él la historia se acompaña con el arte en forma que despierta simpatía. La misma simpatía que surge, en nuestras almas, cuando conversamos con el profesor Alfaro, uno de los pocos sabios que en nuestra tierra ha habido.

Por las rutas, apenas trajinadas, que conducen hacia la contemplación del estoicismo de una raza, nos conduce Anastasio Alfaro. Esta novela la escribió, dice él, con modestia muy suya, en colaboración con las alumnas de una escuela. Alrededor de la materia prima que el sabio les daba, ellas iban tejiendo a su gusto la urdimbre narrativa.

Se desarrolla la acción en las orillas de soñolienta maravilla del golfo de Nicoya, el golfo de las Perlas, como lo bautizó el admirable cantor de las glorias incaicas.

Es una historia de amor que se va desarrollando con lentitud inefable en los bosques saturados de misterios, que quisieran revelarse a los hijos actuales de aquellas valientes razas de bronce.

El autor, sabio en cuestiones indígenas y sabio en asuntos científicos, hace desfilar caracteres bien delineados. Escenas de amplias sugerencias artísticas, paisajes en los que parece que revive el fervor religioso, de herencia íntima que una raza de cíclopes legendarios dejó para embellecer el alma de otra raza, menos fuerte pero igualmente enamorada de lo suyo.

En esas páginas de suave naturalidad, se desvanecen centurias. Surgen, ante nuestros ojos ávidos de milagros, en una vibrante clarinada de alegría, las costumbres de los Huetáres. Sus vírgenes de inmaculada belleza. Las plegarias al Sol, padre de cuanto existe. Las danzas, a veces eróticas, siempre descriptivas: Sagradas, las unas de magia; las otras, en la que no se aprecia, en ningún momento monotonía alguna.